

SOCIOGENESIS DEL ALCOHOLISMO

DR. D. EMILIO BOGANI MIQUEL

Servicio de Alcohólicos y Toxicómanos
Hospital Psiquiátrico Provincial
BETERA (Valencia)

Cuando nos encontramos frente a una persona cuya dependencia hacia el alcohol le acarrea trastornos de orden psíquico, somático o conductal, establecemos el diagnóstico de alcohólico. Pero sería un error grave circunscribir la problemática del alcohol y sus consecuencias al ámbito médico y sanitario. De una parte, está nuestra obligación de intentar rehabilitar al enfermo y de otra, la absoluta impotencia de los médicos para hallar soluciones globales a la epidemia alcohólica.

Ante esta conciencia de limitación en nuestro quehacer, debemos alzar la voz para denunciar airadamente todos aquellos factores que, ajenos a la fragilidad en el enfermar individual, inducen de modo constante y solapado a que cientos de miles de ciudadanos adquieran esta toxicomanía.

En este orden de cosas resultaría preciso desglosar el análisis sociogenético en dos apartados diferentes, aunque en la práctica y como es lógico, se interfieren, potencian y condicionan.

Son dos las constantes a manejar: de una parte el individuo y de otra, el alcohol. Pero veremos, cómo en ambos casos las circunstancias de la estructura social en que se da el hecho tienen un valor decisivo.

Es obligado precisar que cualquier crítica sólo puede ser correcta si se realiza teniendo en cuenta el contexto en el que el fenómeno se produce y realizándola con un conjunto de considerandos en los que el alcoholismo no es un hecho aislado, sino fruto de un determinado sistema.

La enfermedad es un todo dinámico, variable, compuesto por la interacción de elementos biológicos, enfrentados con la presión de una sociedad concreta, opresión que a su vez es generada y alimentada por la sociedad en la que vive el enfermo.

El individuo, antes de ser alcohólico, muestra un perfil biográfico matizado por su educación, estructura y actitud de su familia, su libertad o represión sexual, el tipo de vivienda, el ritmo de vida, transporte, trabajo, ocio, alimentación, etc.

Pero también la enfermedad puede entenderse como un modo de reacción de las personas frente a las presiones que esta sociedad imprime, como la respuesta individual ante una sociedad inhibidora y represiva. Se trata, pues, del perpétuo diálogo entre el individuo y su medio.

Entendidas las cosas de este modo nos parece puro fariseísmo medicalizar el problema del alcoholismo y prescindir de sus determinantes sociales, económicas y políticas.

En una publicación reciente de la O. M. S. se insiste en el hecho de que la prevención primaria del alcoholismo incumbe a los propios gobiernos.

El hombre se debate a lo largo de su vida entre la búsqueda del placer y la imposibilidad real y objetiva de satisfacerlo plenamente; y tanto más, cuanto más castrante y represora es la sociedad en la cual se desenvuelve. El enfermo alcohólico, víctima de una sociedad consumista que le incita a beber, acaba siendo acorralado por la misma sociedad que le alcoholizó, que moralizando le etiquetó de borracho indeseable, y que de hecho, en muchas ocasiones, fue la única causa de su marginación.

Pero es que, además, el alcohol puede convertirse en un factor gratificante fácil de obtener, de bajo coste y socialmente aceptado. Vemos pues, la gran disponibilidad que de este «remedio» tiene la persona y en contrapartida su impotencia casi absoluta para evitar las circunstancias frustrantes que le vienen de fuera. Por ello, resulta más fácil la evasión personal que la modificación de los factores socioestructurales que nos oprimen; hecho éste que sólo excepcionalmente llega a ser concienciado.

El enfermo alcohólico —como cualquier otro toxicómano— encuentra en el alcohol su «otro yo», su «libertad», su posibilidad de evadir todo lo que le resulta ingrato e insoportable. Durante la fase de euforia, por estar en «forma» y durante los momentos de niebla por estar «fuera», la opresión se ignora o deviene soportable. No nos extrañemos, pues, del éxito de esta droga que coopera en la fabricación diaria de una felicidad, por inconsistente que ésta sea. Inconscientemente es también un mecanismo de autoexclusión, de rechazo a la normativa puritana y constrictiva.

Decir que el hombre es un ser infeliz porque el sistema en que se desarrolla necesita condicionarlo y sojuzgarlo, no es nada nuevo. En tal orden de cosas la continuidad de un sistema capitalista proceda de individuos de conducta adecuadamente estandarizada y para ella se apoya en circunstancias preexistentes y creaciones de nuevo cultura.

Los estereotipos culturales de arraigo tradicional, las normas y pautas de consumo, pertenecen al acervo consumista de siempre. Por el contrario, las modernas técnicas de información, los muestreros, los estudios motivacionales, el marketing, etc., son las nuevas vías de inducción a conductas alienantes. En tal sentido, la propaganda y de modo particularísimo, la T. V., son instrumentos incondicionales al servicio del sistema consumista.

Beber no es excepción, sino norma; una pauta universal y tradicionalmente refrendada por los usos y costumbres, hasta tal punto que resulta raro tropezar con un abstemio total. Pero además, el consumo se apoya y refuerza en el cúmulo de tópicos y de mitos que le atribuyen a las bebidas alcohólicas un sinfín de virtudes. Cuando se habla del alcohol —incluso si se apostilla que todo exceso es malo— no se establecen los límites del exceso, pero sí se dice por el contrario que abre el apetito, alivia las tensiones, dilata las arterias, etc.

De otra parte, el precitado panegírico de las bebidas alcohólicas es garantizado por la propaganda. Y la gente sencilla no suele desconfiar de la argumentación recibida a través de cauces oficiales. Es de todos sabido que en España la T. V. es estatal.

En cierto modo, nuestra civilización y nuestra cultura serían impensables sin el alcohol. Podría hablarse de una mitología de la bebida. Podría sospecharse que la crisis del pensamiento mágico encontró como sucedáneo una mística barata en la convivencia con el alcohol; por supuesto, la resultante sería también una cultura barata. En la historia de España ha habido momentos muy definidos: el descubrimiento de América y el nacimiento del Imperio, la expulsión de árabes y judíos, la intransigencia de la Inquisición, etc. Pues bien, lo que en el futuro definirá a la España de hoy será el coche, el machismo, el fútbol, la teleadicción y el alcohol. Una civilización dirigida y sin la participación de los ciudadanos.

La propia familia no suele adoptar actitudes de protección frente al alcohol. Comparte la falta de información o lo que es peor, suministra la información tendenciosa que sobre el alcohol impera en nuestra sociedad. Hemos visto con sorpresa cómo personas, incluso con un índice cultural sanitario alto, restan importancia al consumo de bebidas alcohólicas haciendo partícipes de la ingestión a sus propios hijos. Hay también médicos y psiquiatras que no avizoran riesgo alguno.

como ignorando que el aprendizaje cuanto más tempranamente se inicia, más posibilidades tiene de cristalizar conductualmente. Es un mimetismo y un snobismo estúpido, sin crítica, que estimula e induce a beber.

El sistema socioeconómico —caldo de cultivo de nuestro alcoholismo— presenta perfiles muy concretos que debemos considerar en todo momento generadores de frustración y anomia. La incomunicación, la competitividad, la represión, la ausencia de igualdad de oportunidades, la programación inadecuada del tiempo libre, el pluriempleo, la existencia de clases sociales y, por tanto, de desigualdad, la imposibilidad de participación en la res pública, etc., han sido sobradamente estudiadas aisladamente o como un todo de la dinámica social. En tales circunstancias, el individuo desarrolla un sentimiento de impotencia, de angustia, de limitación, que aboca indefectiblemente a la frustración permanente.

La competitividad estimula el pluriempleo, la desconfianza, el quehacer egoísta e individual frente al trabajo colectivo. En ningún momento lo que hacemos es para todos, sino solamente para algunos o para aquellos que detentan y se benefician del poder. A tal extremo, que las aspiraciones solidarias son excepción y vividas como algo particular. Dicho de otro modo, la comunicación entre las gentes —incluso con intereses comunes— no suele establecerse o se hace mal. La estructuración jerarquizada de la sociedad establece barreras impermeables estratificando los diferentes niveles de prestigio, de aquí que los roles profesionales o sociales se confundan, no sean vividos como función específica del individuo sino como status de privilegio o de sumisión.

La emigración, con el desarraigo que conlleva, la dificultad idiomática, la ocupación de puestos de trabajo no pretendidos por el nativo, el habitat discriminatorio, etc., permite que cientos de miles de trabajadores, sean de facto esclavos disimulados.

Las metas a alcanzar por el ciudadano medio, coche utilitario, televisor, lavadora, etc., subsumen en la angustia del pluriempleo para cumplir con los pagos a plazos y como secuela se hipoteca el tiempo libre y el tiempo de reflexión. Son gratificaciones artificiales vendidas por el sistema, sugeridas por el sistema e impuestas por él. Objetos que acabamos por creer que necesitamos y deseamos; pero que en el fondo sirven básicamente para enriquecer al fabricante y no a la realización personal.

En diversas ocasiones he denunciado el abandono que el hombre medio hace de gratificaciones naturales como puedan ser la contemplación de la naturaleza, el culto a la amistad, las relaciones amorosas y en definitiva, el disfrute de aquellas cosas difíciles de envasar.

empaquetar y vender. Las puestas de Sol son difíciles de vender y por lo tanto no se promocionan. Con todo, se llega a embotellar el aire de la sierra o el agua pura de los glaciares para servir un vaso de whisky «on the rocks».

Se nos educa para la felicidad completa y duradera —como si ello fuera posible— y se nos promete en el otro mundo la dicha eterna. En cambio, el hombre occidental, apenas saborea la cotidianeidad casi banal de una flor, de una caricia o de un crepúsculo.

Cuanto acabamos de decir es común a todas las llamadas democracias occidentales, a todos los países capitalistas.

El alcoholismo es un serio problema en Francia, Italia, Alemania, Canadá, etc. Pero tal vez estos países tengan algo más de pudor. Hay legislaciones que prohíben el consumo a determinadas horas, se limita la edad para beber y se cumple, impiden la publicidad televisiva, destinan presupuestos importantes a la prevención secundaria, etc.

En España hay una auténtica intoxicación masiva de hígados y conciencias.

Nuestra renta per cápita aumenta paralelamente a nuestra renta por botella.

Los basamentos de la impregnación colectiva son de orden diverso: Carecemos de una información veraz y suficiente sobre los riesgos del consumo de bebidas alcohólicas. Se falsea la información bien sea potenciando errores preexistentes, enfatizando tópicos y mitos o si resulta conveniente, elaborando nuevas ideas falsas sobre las ventajas del alcohol. Se argumenta en base a las formas tradicionales de «nuestro saber beber», eludiendo toda crítica de ellas. Se realizan estudios motivacionales basados en el gregarismo, el mimetismo, el esnobismo y la estupidez ambiente (machismo, prestigio, distinción, etc.). Se utiliza una droga que ya se encuentra entre nosotros y cuyas características farmacodinámicas colaboran en el mantenimiento de un determinado sistema, añadiendo al modo tradicional de beber —el vino en las comidas— las modas venidas de fuera: el whisky a media tarde, los combinados, los vodkas, etc. con el estómago vacío.

El alcohol es una droga espita, agresivo y dinámico. Es tal su utilidad, que de no existir, convendría inventarlo. Las drogas de ensoñación, placenteras y lúdicas, pacificadoras y pasivizantes, en ningún momento podrían ser manipuladas como lo es el alcohol.

Como todos sabemos, las drogas son válvulas de escape frente a la violencia de la realidad injusta, pero no todas encajan con el esquema y fines de una sociedad competitiva.

Con el alcohol se puede mantener a la población en situación de trabajar para producir, y si en algún momento el consumidor se excede, procuraremos devolverle la salud para que continúe produciendo y subsiguientemente, consumiendo.

Y todavía más. Cuando hay un problema de paro grave, el prescindir a voluntad —tal y como lo permite la actual Ordenanza Laboral— de algunos trabajadores (por borrachos), no significa un quebranto sino una solución para la economía. E incluso el paro obrero se convierte en todos los regímenes capitalistas en una mano de obra disponible, a la cual, por el propio paro, se le pueden imponer bajas condiciones salariales basadas en su escasa opción por la misma falta de puestos de trabajo.

Otro factor importantísimo sería la trascendencia económica del monopolio del alcohol. Se equivocan aquellos que piensan que del alcohol viven los vendimiadores, los intermediarios y los bodegueros. El beneficio bruto y neto revierte fundamentalmente sobre los más privilegiados del sistema, que a su vez lo constituyen y sostienen, aunque de hecho todos se benefician.

Como síntesis de este incompleto y precipitado análisis, quedaría por decir que el alcohólico es una víctima acorralada (léase marginada) por la sociedad que lo genera y que de él se beneficia. Una personalidad frágil que buscó en el alcohol su libertad, un enfermo que los técnicos de la sanidad redimimos coercitivamente para reinsertarlo en el mundo laboral y posteriormente le dejamos en condición de trabajar, para rendir, para comprar, para angustiarse nuevamente. No está a nuestro alcance redimirle de la angustia, intervenir en las causas productoras de ella, ni por supuesto modificar las pautas de consumo ni la cuantía de las cosechas. Le damos pues, en definitiva, la posibilidad de reincorporarse al mismo círculo vicioso del que intentó escapar por el alcohol, ya que mientras no se destruya el sistema capitalista que lo propicia, no podremos brindarle vías sociales de realización auténtica, una participación directa en la elaboración de su destino.

Deberíamos plantearnos seriamente si nuestro quehacer no es un simple parcheo y en última instancia si los técnicos de la sanidad no estamos colaborando con nuestra acción en el mantenimiento de lo que tanto censuramos.

Va siendo hora de que nos apercibamos de que al amparo de nuestra acción «humanitaria», lo que hacemos es garantizar la pervivencia del sistema capitalista explotador, disimulando sus contradicciones. Si somos capaces de llegar a la raíz de las cosas y además consecuentes con nosotros mismos, deberíamos concederle menos importancia al tratamiento del «pobre enfermo alcohólico» y comprometernos en un trabajo que dé paso a un nuevo tipo de sociedad en la que el hombre —cada hombre— sea dueño de su propio destino con lo cual el recurso a las drogas resulte innecesario.